

PENSAMIENTOS Y PALABRAS PARA EL ALMA

Por: Jorge Mario Bergoglio

Textos Editados por Giuseppe Costa

Textos del Santo Padre cortesía de la Librería Editora Vaticana, 2014

1. Y ahora, comenzamos este camino: Obispo y pueblo. Este camino de la Iglesia de Roma, que es la que preside en la caridad a todas las Iglesias. Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros. Recemos siempre por nosotros: el uno por el otro. Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad. (22)
2. Dios no es una cosa vaga, nuestro Dios no es un Dios “spray”, es concreto, no es un abstracto, sino que tiene un nombre: “Dios es amor”. No es un amor sentimental, emotivo, sino el amor del Padre que está en el origen de cada vida, el amor del Hijo que muere en la cruz y resucita, el amor del Espíritu que renueva al hombre y el mundo. (25)
3. ¡No debemos temer ser cristianos y vivir como cristianos! Debemos tener esta valentía de ir y anunciar a Cristo Resucitado, porque Él es nuestra paz, Él ha hecho la paz con su amor, con su perdón, con su sangre, con su misericordia. (26)
4. No olvidemos hoy el amor de Dios, el amor de Jesús: Él nos mira, nos ama y nos espera. Es todo corazón y todo misericordia. Vayamos con confianza a Jesús, Él nos perdona siempre. (27)
5. El rostro de Dios es el de un padre misericordioso, que siempre tiene paciencia. ¿Habéis pensado en la paciencia de Dios, la paciencia que tiene con cada uno de nosotros? Ésa es su misericordia. Siempre tiene paciencia, paciencia con nosotros, nos comprende, nos espera, no se cansa de perdonarnos si sabemos volver a Él con el corazón contrito. (29)
6. Cruzar el umbral de la fe implica tener ojos de asombro y un corazón que no esté acostumbrado a la pereza, capaz de darse cuenta de que cada vez que una mujer da a luz se sigue apostando por la vida y el futuro; de que cuando mostramos preocupación por la inocencia de los niños garantizamos la verdad

del futuro, y al estimar la vida de una persona de edad desempeñamos un acto justo y nutrimos nuestras raíces. (30)

7. La mirada del amor no discrimina ni relativiza porque es la mirada de la amistad. Y a los amigos se les acepta como son y se les dice la verdad. Es también una mirada comunitaria. Te lleva a acompañar, a sumar, a ser uno más al lado de los demás ciudadanos.

Esta mirada es la base de la amistad social, del respeto por las diferencias, no sólo económicas sino también ideológicas. Es también la base de todo trabajo como voluntario. No se puede ayudar al excluido si no se crean comunidades inclusivas. (33)

8. Y aquí añadido entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, San José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura. (34)

9. En todo tiempo y en todo lugar son bienaventurados aquellos que, a través de la Palabra de Dios, proclamada en la Iglesia y testimoniada por los cristianos, creen que Jesucristo es el amor de Dios encarnado, la Misericordia encarnada. ¡Y esto vale para cada uno de nosotros! (36)

10. La Iglesia es misionera. Cristo nos manda a llevar la alegría del Evangelio a todo el mundo. (39)

11. Cristo murió y resucitó una vez para siempre y por todos, pero el poder de la resurrección, este paso de la esclavitud del mal a la libertad del bien, debe ponerse en práctica en todos los tiempos, en los momentos concretos de nuestra vida, en nuestra vida cotidiana. Cuántos desiertos debe atravesar el ser humano también hoy. Sobre todo el desierto que está dentro de él, cuando falta el amor de Dios del prójimo, cuando no se es consciente de ser custodio de todo lo que el Creador nos ha dado y nos da. Pero la misericordia de Dios puede hacer florecer hasta la tierra más árida, puede hacer revivir incluso a los huesos secos. (40)

12. Cuando hablamos de medio ambiente, de la creación, mi pensamiento se dirige a las primeras páginas de la Biblia, al libro del Génesis, donde se afirma que Dios puso al hombre y a la mujer en la tierra para que la cultivaran y la custodiaran (cf. 2,15). Y me surgen las preguntas: ¿qué quiere decir cultivar y custodiar la tierra? ¿Estamos verdaderamente cultivando y custodiando la creación? ¿O bien la estamos explotando y descuidando? El verbo “cultivar” me recuerda el cuidado que tiene el agricultor de su tierra para que dé fruto y éste se comparta: ¡cuánta atención, pasión y dedicación! Cultivar y custodiar la creación es una indicación de Dios dada no sólo al inicio de la historia, sino a cada uno de nosotros; es parte de su proyecto; quiere decir hacer crecer el mundo con responsabilidad, transformarlo para que sea un jardín, un lugar habitable para todos. (42)
13. Caminar. “Casa de Jacob, venid; caminemos a la luz del Señor” (Is 2,5). Ésta es la primera cosa que Dios ha dicho a Abrahám: Camina en mi presencia y sé irreprochable. Caminar: nuestra vida es un camino y cuando nos paramos, algo no funciona. Caminar siempre, en presencia del Señor, a la luz del Señor, intentando vivir con aquella honradez que Dios pedía a Abrahám, en su promesa. (45)
14. Los acontecimientos de la historia requieren casi siempre una lectura compleja, que a veces puede incluir también la dimensión de la fe. Los acontecimientos eclesiales no son ciertamente más complejos de los políticos o económicos. Pero tienen una característica de fondo peculiar: responden a una lógica que no es principalmente la de las categorías, por así decirlo, mundanas; y precisamente por eso, no son fáciles de interpretar y comunicar a un público amplio y diversificado. En efecto, aunque es ciertamente una institución también humana, histórica, con todo lo que ello comporta, la Iglesia no es de naturaleza política, sino esencialmente espiritual: es el Pueblo de Dios. El santo Pueblo de Dios que camina hacia el encuentro con Jesucristo. Únicamente desde esta perspectiva se puede dar plenamente razón de lo que hace la Iglesia Católica. (46)

15. Cristo es el Pastor de la Iglesia, pero su presencia en la historia pasa a través de la libertad de los hombres: uno de ellos es elegido para servir como su Vicario, Sucesor del apóstol Pedro; pero Cristo es el centro, no el Sucesor de Pedro: Cristo, Cristo es el centro... Cristo es la referencia fundamental, el corazón de la Iglesia. Sin él, ni Pedro ni la Iglesia existirían ni tendrían razón de ser. Como ha repetido tantas veces Benedicto XVI, Cristo está presente y guía a su Iglesia. (48 - 49)
16. El Espíritu de Cristo Resucitado expulsa el temor del corazón de los Apóstoles y les impulsa a salir del Cenáculo para llevar el Evangelio. ¡Tengamos también nosotros más valor para testimoniar la fe en el Cristo Resucitado! (51)
17. La vida cristiana es militante, presupone una lucha, pero “nuestra lucha no es contra seres de carne y hueso, sino contra Principados y poderes, contra quienes gobiernan el mundo de las tinieblas, contra los espíritus malignos que habitan las regiones celestiales” (Efesios 6, 12). Las armas hechas a nuestra medida no nos ayudan a ganar esta batalla; necesitamos la “armadura de Dios” para poder “resistir y mantenernos de pie en un día malo tras haber superado cada prueba”, y el arma de Dios es la CRUZ. En ella se conquistó la maldad de una vez por todas. (53)
18. Para nosotros los cristianos, esto es hermoso e importante: reunirnos el domingo, saludarnos, hablar unos con otros, como ahora aquí, en la plaza. Una plaza que, gracias a los medios de comunicación, tiene las dimensiones del mundo. (54)
19. Instaurar el amor es una labor de artesanos, de pacientes, de personas que gastan todo lo que tienen en persuadir, en escuchar, en acercarse. Y esta labor artesanal tiene creadores de amor pacíficos y mágicos. (57)
20. De la belleza de lo litúrgico, que no es puro adorno y gusto por los trapos, sino presencia de la gloria de nuestro Dios resplandeciente en su pueblo vivo y consolado, pasamos ahora a fijarnos en la acción. (58)

21. El óleo precioso que unge la cabeza de Aarón no se queda perfumando su persona sino que se derrama y alcanza “las periferias”. El Señor lo dirá claramente: su unción es para los pobres, para los cautivos, para los enfermos, para los que están tristes y solos. La unción, queridos hermanos, no es para perfumarnos a nosotros mismos, ni mucho menos para que la guardemos en un frasco, ya que se pondría rancio el aceite... y amargo el corazón. (59)
22. Conservemos la fe que hemos recibido y que es nuestro verdadero tesoro, renovemos nuestra fidelidad al Señor, incluso en medio de los obstáculos y las incomprensiones. Dios no dejará que nos falten las fuerzas ni la serenidad. (60)
23. Uno de los títulos del Obispo de Roma es “Pontífice”, es decir, el que construye puentes, con Dios y entre los hombres. Quisiera precisamente que el diálogo entre nosotros ayude a construir puentes entre todos los hombres, de modo que cada uno pueda encontrar en el otro no un enemigo, no un contendiente, sino un hermano para acogerlo y abrazarlo. Además, mis propios orígenes me impulsan a trabajar para construir puentes. En efecto, como sabéis, mi familia es de origen italiano; y por eso está siempre vivo en mí este diálogo entre lugares y culturas distantes entre sí, entre un extremo del mundo y el otro, hoy cada vez más cercanos, interdependientes, necesitados de encontrarse y de crear ámbitos reales de auténtica fraternidad. (62)
24. Como los apóstoles en la Última Cena, una Iglesia que predica siempre debe iniciar con una oración, pidiendo la flama del Espíritu Santo. Sólo un entendimiento fiel e intenso con Dios nos permite dejar atrás nuestras restricciones y proclamar el Evangelio con parresia. Sin oración, nuestras acciones están vacías y nuestra proclama no tiene alma y no está animada por el Espíritu. (65)
25. Edificar. Edificar la Iglesia. Se habla de piedras: las piedras son consistentes; pero piedras vivas, piedras ungidas por el Espíritu Santo. Edificar la Iglesia, la Esposa de Cristo, sobre la piedra angular que es el mismo Señor. He aquí otro movimiento de nuestra vida: edificar. (66)

26. La Iglesia ha sido enviada por Cristo Resucitado a transmitir a los hombres la remisión de los pecados, y así hacer crecer el Reino del amor, sembrar la paz en los corazones, a fin de que se afirme también en las relaciones, en las sociedades, en las instituciones. (68)
27. Debemos saber que para ser un buen cristiano es necesario darnos cuenta de que somos pecadores. Si alguno de nosotros no se da cuenta de que es un pecador, entonces no es un buen cristiano. Ésa es la primera condición. Pero un verdadero pecador: "Soy un pecador por esta razón, por esta otra, y también por esta otra, y así". Ésta es la primera condición necesaria para seguir a Jesús. (71)
28. Una de las tentaciones más serias que nos distancian del contacto con el Señor es la conciencia del fracaso. Ante una fe que es combativa por definición, el enemigo, el ángel malvado que se transforma a sí mismo en ángel de la luz, siembra las semillas del pesimismo. Nadie puede emprender una batalla sin confiar primero por completo en su triunfo...(72)
29. Quien parte sin esta convicción tiene la mitad de la batalla perdida de antemano. El triunfo cristiano es siempre la cruz, pero una cruz que es un estandarte de victoria. (73)
30. Jesús no quiere obrar solo, vino a traer al mundo el amor de Dios y quiere difundirlo con el estilo de la comunión, con el estilo de la fraternidad. Por ello forma inmediatamente una comunidad de discípulos, que es una comunidad misionera. Inmediatamente los entrena para la misión, para ir... pero atención: el fin no es socializar, pasar el tiempo juntos, no, la finalidad es anunciar el Reino de Dios, ¡y esto es urgente! También hoy es urgente. No hay tiempo que perder en habladurías, no es necesario esperar el consenso de todos, hay que ir y anunciar. La paz de Cristo se lleva a todos, y si no la acogen, se sigue igualmente adelante. A los enfermos se lleva la curación, porque Dios quiere curar al hombre de todo mal. (75)

31. Y ésta es la primera palabra que quisiera deciros: alegría. No seáis nunca hombres y mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús; que está entre nosotros; nace del saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aun cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables [...] él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría. (79)
32. Nadie es secundario. Nadie es el más importante en la Iglesia; todos somos iguales a los ojos de Dios. Alguno de vosotros podría decir: “Oiga, señor Papa, usted no es igual a nosotros”. Sí: soy como uno de vosotros, todos somos iguales, ¡somos hermanos! Nadie es anónimo: todos formamos y construimos la Iglesia. Esto nos invita también a reflexionar sobre el hecho de que si falta la piedra de nuestra vida cristiana, falta algo a la belleza de la Iglesia. Hay quienes dicen: “Yo no tengo que ver con la Iglesia”, pero así se cae la piedra de una vida en este bello Templo. De él nadie puede irse, todos debemos llevar a la Iglesia nuestra vida, nuestro corazón, nuestro amor, nuestro pensamiento, nuestro trabajo: todos juntos. (81)
33. Lamentablemente, a menudo se ha tratado de oscurecer la fe en la Resurrección de Jesús, y también entre los creyentes mismos se han insinuado dudas. En cierto modo una fe “al agua de rosas”, como decimos nosotros; no es la fe fuerte. Y esto por superficialidad, a veces por indiferencia, ocupados en mil cosas que se consideran más importantes que la fe, o bien por una visión sólo horizontal de la vida. Pero es precisamente la Resurrección la que nos abre a la esperanza más grande, porque abre nuestra vida y la vida del mundo al futuro eterno de Dios, a la felicidad plena, a la certeza de que el mal, el pecado, la muerte pueden ser vencidos. Y esto conduce a vivir con más confianza las realidades cotidianas, afrontarlas con valentía y empeño. La Resurrección de Cristo ilumina con una luz nueva estas realidades cotidianas. ¡La Resurrección de Cristo es nuestra fuerza!(82)

34. Esto nos remite a la dignidad y a la importancia del trabajo. El libro del Génesis narra que Dios creó al hombre y a la mujer confiándoles la tarea de llenar la tierra y dominarla, lo que no significa explotarla, sino cultivarla y protegerla, cuidar de ella con el propio trabajo (cf. Gn 1, 28; 2, 15). El trabajo forma parte del plan de amor de Dios; nosotros estamos llamados a cultivar y custodiar todos los bienes de la creación, y de este modo participamos en la obra de la creación. El trabajo es un elemento fundamental para la dignidad de una persona. El trabajo, por usar una imagen, nos “unge” de dignidad, nos colma de dignidad; nos hace semejantes a Dios, que trabajó y trabaja, actúa siempre (cf. Jn 5, 17); da la capacidad de mantenerse a sí mismo, a la propia familia, y contribuir al crecimiento de la propia nación. Aquí pienso en las dificultades que, en varios países, encuentra el mundo del trabajo y de la empresa; pienso en cuantos, y no sólo los jóvenes, están desempleados, muchas veces por causa de una concepción economicista de la sociedad, que busca el beneficio egoísta, al margen de los parámetros de la justicia social. (84)
35. Dios no esperó que fuéramos a Él, sino que Él se puso en movimiento hacia nosotros, sin cálculos, sin medida. Dios es así: él da siempre el primer paso, Él se mueve hacia nosotros. (87)
36. Cuando el alimento se comparte de modo equitativo, con solidaridad, nadie carece de lo necesario, cada comunidad puede ir al encuentro de las necesidades de los más pobres. Ecología humana y ecología medioambiental caminan juntas. (89)
37. Hoy tenemos más mártires que en los primeros siglos. Pero está también el martirio cotidiano, que no comporta la muerte pero que también es un “perder la vida” por Cristo, realizando el propio deber con amor, según la lógica de Jesús, la lógica del don, del sacrificio.
- Pensemos: cuántos padres y madres, cada día, ponen en práctica su fe ofreciendo concretamente la propia vida por el bien de la familia. Pensemos en ellos. Cuántos sacerdotes, religiosos, religiosas desempeñan con generosidad su servicio por el Reino de Dios. Cuántos jóvenes renuncian a los propios intereses para dedicarse a los niños, a los discapacitados, a los ancianos...

También ellos son mártires. Mártires cotidianos, mártires de la cotidianidad.
(90)

38. Quisiera preguntaros: ¿habéis sentido alguna vez la voz del Señor que, a través de un deseo, una inquietud, os invitaba a seguirle más de cerca? ¿Le habéis oído? No os oigo. Eso...¿Habéis tenido el deseo de ser apóstoles Jesús? Es necesario jugarse la juventud por los grandes ideales. Vosotros, ¿pensáis en esto? ¿Estáis de acuerdo?... pregunta a Jesús qué quiere de ti y sé valiente. ¡Pregúntaselo! Detrás y antes de toda vocación al sacerdocio o a la vida consagrada, está siempre la oración fuerte e intensa de alguien: de una abuela, de un abuelo, de una madre, de un padre, de una comunidad. (92 - 93)
39. La verdad no se aferra como una cosa, la verdad se encuentra. No es una posesión, es un encuentro con una Persona. (95)
40. Gobernar es un arte... que se puede aprender. También es una ciencia... que se puede estudiar. Es un trabajo... que exige compromiso, poder y tenacidad. Pero antes que nada es un misterio... que no siempre se puede explicar con la racionalidad lógica. (96)
41. No podemos volvernos cristianos almidonados, esos cristianos demasiado educados, que hablan de cosas teológicas mientras se toman el té, tranquilos. ¡No! Nosotros debemos ser cristianos valientes e ir a buscar a quienes son precisamente la carne de Cristo, ¡los que son la carne de Cristo! (100)
42. Jesús quiere entablar con sus amigos una relación que sea el reflejo de la relación que Él mismo tiene con el Padre: una relación de pertenencia recíproca en la confianza plena, en la íntima comunión. Para expresar este entendimiento profundo, esta relación de amistad, Jesús usa la imagen del pastor con sus ovejas: Él las llama y ellas reconocen su voz, responden a su llamada y le siguen. (102)
43. Jesús no tiene casa porque su casa es la gente, somos nosotros, su misión es abrir a todos las puertas de Dios, ser la presencia de amor de Dios. (104)

44. El humilde no tiene nada que perder. Por el contrario, a él el camino le ha sido revelado (cf. Mateo 11, 25, 26).

Es bueno recordar que éste no es tiempo de venganza, de triunfo, de acumulación, que en nuestra cultura el enemigo ha sembrado la discordia en el trigo del Señor, y que ambos crecen juntos. Éste no es tiempo de acostumbrarse sino de agacharse y recoger las cinco piedras de la honda de David (cf. I Samuel 17, 40). Éste es tiempo de oración. (106)

45. Evangelizar es la misión de la Iglesia, no sólo de algunos, sino la mía, la tuya, nuestra misión.

46. La Iglesia crece mediante la atracción, gracias a los testigos, no mediante el proselitismo. Nuestra conversión cristiana debe ser una respuesta agradecida al maravilloso misterio del amor de Dios, que obra a través de la muerte y resurrección del Hijo y se presenta en cada nacimiento a la vida de fe, en cada perdón que nos renueva y nos sana, en cada Eucaristía que siembra la misma conciencia de Cristo en nosotros. (111)

47. Las primeras testigos de la Resurrección son las mujeres. Y esto es bello.

Y esto es en cierto sentido la misión de las mujeres: de las madres, de las mujeres. Dar testimonio a los hijos, a los nietos, de que Jesús está vivo, es el viviente, ha resucitado. Madres y Mujeres, ¡adelante con este testimonio! Para Dios cuenta el corazón, lo abierto que estamos a Él, si somos como niños que confían. Pero esto nos hace reflexionar también sobre cómo las mujeres, en la Iglesia y en el camino de fe, han tenido y tienen también hoy un papel especial en abrir las puertas al Señor, seguirle y comunicar su Rostro, porque la mirada de fe siempre necesita de la mirada sencilla y profunda del amor.

Los Apóstoles y los discípulos encuentran mayor dificultad para creer. Las mujeres, no. Pedro corre al sepulcro, pero se detiene ante la tumba vacía; Tomás debe tocar con sus manos las heridas del cuerpo de Jesús. También en nuestro camino de fe es importante saber y sentir que Dios nos ama, no tener miedo de amarle: la fe se profesa con la boca y con el corazón, con la palabra y con el amor. (112)

48. La Iglesia nos invita a todos a ser acogidos por la ternura y el perdón del Padre.
(144)

49. Es difícil perdonar a otros. Señor, otórganos tu misericordia para que siempre podamos perdonar. (114)

50. Lo que manda hoy no es el hombre: es el dinero, el dinero; la moneda manda. Y la tarea de custodiar la tierra, Dios Nuestro Padre la ha dado no al dinero, sino a nosotros: a los hombres y a las mujeres, ¡nosotros tenemos este deber! En cambio hombres y mujeres son sacrificados a los oídos del beneficio y del consumo: es la “cultura del descarte”. Si se estropea una computadora es una tragedia, pero la pobreza, las necesidades, los dramas de tantas personas acaban por entrar en la normalidad.

Si una noche de invierno, aquí cerca, en la vía Ottaviano por ejemplo, muere una persona, eso no es noticia. Si en tantas partes del mundo hay niños que no tienen qué comer, eso no es noticia, parece normal, ¡No puede ser así! Con todo, estas cosas entran en la normalidad: que algunas personas sin techo mueren de frío en la calle no es noticia. Al contrario, una bajada de diez puntos en las bolsas de algunas ciudades constituye una tragedia. Alguien que muere no es una noticia, ¡pero si bajan diez puntos las bolsas es una tragedia! Así las personas son descartadas, como si fueran residuos.

Tercero, confesar. Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, se está parado... ¿Qué ocurre cuando no se edifica sobre piedra? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando construyen castillos de arena. Todo se viene abajo. No es consistente. Cuando no se confiesa a Jesucristo, me viene a la memoria la frase de León Bloy: “Quien no reza al Señor, reza al diablo”. Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo, la mundanidad del demonio. (117 - 118 - 119)

51. Una oración que no conduce a la acción concreta hacia el hermano pobre, enfermo, necesitado de ayuda, el hermano en dificultad, es una oración estéril e incompleta. Pero, del mismo modo, cuando en el servicio eclesial se está atento sólo al hacer, se da más peso a las cosas, a las funciones, a las estructuras, y se olvida la centralidad de Cristo, no se reserva tiempo para el diálogo con Él en la oración, se corre el riesgo de servirse a sí mismo y no a Dios presente en el hermano necesitado. (120)
52. Debemos mantener viva en el mundo la sed de lo absoluto, sin permitir que prevalezca una visión de la persona humana unidimensional, según la cual el hombre se reduce a aquello que produce y a aquello que consume. Ésta es una de las insidias más peligrosas para nuestro tiempo. (120)
53. Paz a todo el mundo, aún tan dividido por la codicia de quienes buscan fáciles ganancias, herido por el egoísmo que amenaza la vida humana y la familia; egoísmo que continúa en la trata de personas, la esclavitud más extendida en este siglo veintiuno: la trata de personas es precisamente la esclavitud más extendida en este siglo veintiuno. Paz a todo el mundo, desgarrado por la violencia ligada al tráfico de drogas y la explotación inicua de los recursos naturales. Paz a esta Tierra nuestra. (123)
54. ¡Cuerpo y miembros deben estar unidos para vivir! La unidad es superior a los conflictos, ¡siempre! Los conflictos, si no se resuelven bien, nos separan entre nosotros, nos separan de Dios. El conflicto puede ayudarnos a crecer, pero también puede dividirnos. ¡No vayamos por el camino de las divisiones, de las luchas entre nosotros! Todos unidos, todos unidos con nuestras diferencias, pero unidos, siempre: éste es el camino de Jesús. La unidad es superior a los conflictos. La unidad es una gracia que debemos pedir al Señor para que nos libre de las tentaciones de la división, de las luchas entre nosotros, de los egoísmos, de la locuacidad. ¡Cuánto daño hacen las habladurías, cuánto daño! ¡Jamás chismorrear de los demás, jamás! ¡Cuánto daño acarrear a la Iglesia las divisiones entre cristianos, tomar partidos, los intereses mezquinos! (124)
55. La tentación de dejar a Dios a un lado para ponernos a nosotros mismos en el centro está siempre a la puerta, y la experiencia del pecado hiere nuestra vida cristiana, nuestro ser hijos de Dios. Por esto debemos tener la valentía de la fe

y no dejarnos guiar por la mentalidad que nos dice: “Dios no sirve, no es importante para ti”, y así sucesivamente. Es precisamente lo contrario: sólo comportándonos como hijos de Dios, sin desalentarnos por nuestras caídas, por nuestros pecados, sintiéndonos amados por Él, nuestra vida será nueva, animada por la serenidad y por la alegría. ¡Dios es nuestra fuerza! ¡Dios es nuestra esperanza! (126)

56. Y en particular hoy, en este periodo de crisis, es importante no cerrarse en uno mismo, enterrando el propio talento, las propias riquezas espirituales, intelectuales, materiales, todo lo que el Señor nos ha dado, sino abrirse, ser solidarios, estar atentos al otro. En la plaza he visto que hay muchos jóvenes: ¿es verdad esto? ¿Hay muchos jóvenes? ¿Dónde están? A vosotros, que estáis en el comienzo del camino de la vida, os pregunto: ¿habéis pensado en los talentos que Dios os ha dado? ¿Habéis pensado en cómo podéis ponerlos al servicio de los demás? ¡No enterréis los talentos! Apostad por ideales grandes, esos ideales que ensanchan el corazón, los ideales de servicio que harán fecundos vuestros talentos. La vida no se nos da para que la conservemos celosamente para nosotros mismos, sino que se nos da para que la donemos. Queridos jóvenes, ¡tened un ánimo grande! ¡No tengáis miedo de soñar cosas grandes! (129)

57. Jesús no te obliga a ser cristiano. Pero si dices que eres cristiano, debes creer que Jesús tiene el poder –es el único que lo tiene- de renovar el mundo, de renovar a tu familia, a la comunidad, a todos. Éste es el mensaje que debemos llevar con nosotros hoy, pidiéndole al Padre que nos permita obedecer la inspiración del Espíritu que realiza este trabajo: el Espíritu de Jesús. (130)

58. La ausencia de amor, su vulgarización y permanente degradación, incluso empezando por algunos discursos pseudorreligiosos, no sólo deshumaniza sino que finalmente nos despolitiza. El amor, por otra parte, nos apresura a cuidar lo que es común y, sobre todo, el bien común que fortalece y favorece los bienes particulares. (131)

59. Nuestro Dios es un Dios que te hace acercarte. Un Dios que se acerca él mismo. Un Dios que comenzó a caminar con su gente y luego se hizo uno con ellos en Jesucristo para acercarse aún más. (132)

60. Cuando la Iglesia se cierra, se enferma, se enferma. Pensad en una habitación cerrada durante un año; cuando vas huele a humedad, muchas cosas no marchan. Una Iglesia cerrada es lo mismo: es una Iglesia enferma. La Iglesia debe salir de sí misma. ¿Adónde? Hacia las periferias existenciales, cualesquiera que sean. (133)
61. Cruzar el umbral de la fe es actuar, tener fe en el poder del Espíritu santo, que está presente en la Iglesia y se manifiesta en los signos de los tiempos; es acompañar el movimiento continuo de la vida y la historia sin sucumbir a un derrotismo paralizante en el que el pasado siempre es mejor que el presente. Te obliga a pensar lo nuevo, a generar lo nuevo, a crear lo nuevo, amasando la vida con la nueva levadura de la justicia y la santidad (1 Corintios 5,8). (135)
62. ¿Y quiénes eran los que habían creído sin ver? Otros discípulos, otros hombres y mujeres de Jerusalén que, aún no habiendo encontrado a Jesús Resucitado, creyeron por el testimonio de los Apóstoles y de las mujeres. Ésta es una palabra muy importante sobre la fe; podemos llamarla la bienaventuranza de la fe. Bienaventurados los que no han visto y han creído: ¡ésta es la bienaventuranza de la fe! (136)
63. Cristo ha vencido el mal de modo pleno y definitivo, pero nos corresponde a nosotros, a los hombres de cada época, acoger esta victoria en nuestra vida y en las realidades concretas de la historia y de la sociedad... por ello me parece importante poner de relieve lo que hoy pedimos a Dios en la liturgia: “Señor Dios, que por medio del bautismo haces crecer a tu Iglesia, dándole siempre nuevos hijos, concede a cuantos han renacido en la fuente bautismal vivir siempre de acuerdo con la fe que profesaron”. (138 - 139)
64. Nuestro Dios que vive en la ciudad y se involucra en la vida diaria no discrimina ni relativiza. Su verdad es la del encuentro que percibe diferentes rostros, pero cada uno de ellos único. (141)
65. Dios piensa como el samaritano que no pasa cerca del desventurado compartiéndose o mirando hacia otro lado, sino socorriéndole sin pedir nada a cambio; sin preguntar si era judío, si era pagano, si era samaritano, si era rico, si era pobre; no pregunta nada. No pregunta estas cosas, no pide nada. Va en su

ayuda; así es Dios. Dios piensa como el pastor que da su vida para defender y salvar a las ovejas. (143)

66. Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos “custodios” de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para “custodiar”, también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura. (145)

67. Jesús nos quiere a los cristianos libres como Él, con esa libertad que viene de este diálogo con el Padre, de este diálogo con Dios. Jesús no quiere ni cristianos egoístas –que siguen el propio yo, no hablan con Dios- ni cristianos débiles –cristianos que no tienen voluntad, cristianos “telemandados”, incapaces de creatividad, que buscan siempre conectarse a la voluntad de otro y no son libres-. Jesús nos quiere libres, ¿y esta libertad dónde se hace? Se hace en el diálogo con Dios en la propia conciencia. Si un cristiano no sabe hablar con Dios, no sabe oír a Dios en la propia conciencia, no es libre, no es libre. Por ello debemos aprender a oír más nuestra conciencia. (146)

68. ¿Por qué esta agua puede saciarnos plenamente? Nosotros sabemos que el agua es esencial para la vida; sin agua se muere; ella sacia la sed, lava, hace, fecunda la tierra. En la Carta a los Romanos encontramos esta expresión: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (5,5).

El “agua viva”, el Espíritu Santo, Don del Resucitado que habita en nosotros, nos purifica, nos ilumina, nos renueva, nos transforma porque nos hace partícipes de la vida misma de Dios que es Amor. Por ello, el Apóstol Pablo afirma que la vida del cristiano está animada por el Espíritu y por sus frutos,

que son “amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí”. (148)

69. La Santísima Trinidad no es el producto de razonamientos humanos; es el rostro con el que Dios mismo se ha revelado, no desde lo alto de una cátedra, sino caminando con la humanidad. Es justamente Jesús quien nos ha revelado al Padre y quien nos ha prometido el Espíritu Santo. Dios ha caminado con su pueblo en la historia del pueblo de Israel y Jesús ha caminado siempre con nosotros y nos ha prometido el Espíritu Santo que es fuego, que nos enseña todo lo que no sabemos, que dentro de nosotros nos guía, nos da buenas ideas y buenas inspiraciones. (150)
70. La mirada de la fe crece cada vez que ponemos la Palabra en práctica. La contemplación mejora con la acción. (153)
71. El problema es que nosotros nos cansamos, no queremos, nos cansamos de pedir perdón. Él jamás se cansa de perdonar, pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón. No nos cansemos nunca, no nos cansemos nunca. Él es padre amoroso que siempre perdona, que tiene ese corazón misericordioso con todos nosotros. (154)
72. Sólo el trabajador que ha aprendido a renunciar a la ambición banal, la pereza y la inconsistencia para entregarse al servicio pastoral, cada día entenderá el precio de la redención de Cristo en su corazón, y –quizás sin articularlo claramente- sus manos trabajadoras protegerán y acentuarán la unidad de la Iglesia, esta unión con Dios que se origina con la afiliación a la Santa Madre Iglesia, lo que nos hace hijos del Padre, hermanos entre nosotros y padres del pueblo de Dios. (156)
73. La lucha contra la pobreza, tanto material como espiritual; edificar la paz y construir puentes. Son como los puntos de referencia de un camino al cual quisiera invitar a participar a cada uno de los países que representáis. Pero, si no aprendemos a amar cada vez más a nuestra Tierra, es un camino difícil. (159)
74. Deseo dirigir a todos la invitación a la solidaridad, y a los responsables de la cuestión pública el aliento a esforzarse por dar nuevo empuje a la ocupación; esto significa preocuparse por la dignidad de la persona; pero sobre todo

quiero decir que no se pierda la esperanza. También San José tuvo momentos difíciles, pero nunca perdió la confianza y supo superarlos, en la certeza de que Dios no nos abandona. (160)

75. Y cuando decimos “casa” entendemos un lugar de acogida, una morada, un ambiente humano donde estar bien, reencontrarse a uno mismo, sentirse introducido en un territorio, en una comunidad. Más profundamente todavía, “casa” es una palabra de sabor típicamente familiar, que recuerda el calor, el afecto, el amor que se pueden experimentar en una familia. La “casa” entonces representa la riqueza humana más preciosa, la del encuentro, la de las relaciones entre las personas, distintas por edad, por cultura y por historia, pero que viven juntas y que juntas se ayudan a crecer. Precisamente por esto la “casa” es un lugar decisivo en la vida, donde la vida crece y se puede realizar, porque es un lugar donde cada persona aprende a recibir amor y a donar amor. Ésta es la “casa”. (162)

76. La memoria de las personas no es una computadora sino un corazón. La gente, como María, guardan las cosas en su corazón. En este sentido, España nos ha enseñado a hacer una alianza sólida y a recordar fielmente al Señor, su Madre y los santos, fundando en ellos la unidad espiritual de nuestras naciones. Porque la memoria es un poder que unifica e integra. Así como la inteligencia que se abandona a sus propios recursos se corrompe, así la memoria es el núcleo vital de una familia o un país. Una familia sin memoria no merece definirse como tal. Una familia que no respeta o reverencia a sus miembros de edad, que son su memoria viviente, es una familia rota; pero una familia y un pueblo que recuerdan son una familia y un pueblo que tienen futuro. (165)

77. En la Iglesia, pero también en la sociedad, una palabra clave de la que no debemos tener miedo es “solidaridad”, o sea, saber poner a disposición de Dios lo que tenemos, nuestras humildes capacidades, porque sólo compartiendo, sólo en el don, nuestra vida será fecunda, dará fruto. Solidaridad: ¡una palabra mal mirada por el espíritu mundano! (167)

78. Quisiera que todos, después de estos días de gracia, tengamos el valor, precisamente el valor, de caminar en presencia del Señor, con la cruz del Señor; de edificar la Iglesia sobre la sangre del Señor, derramada en la cruz; y de confesar la única gloria: Cristo crucificado. Y así la Iglesia avanzará. (168)
79. El trabajo forma parte del plan de amor de Dios; nosotros estamos llamados a cultivar y custodiar todos los bienes de la creación, y de este modo participamos en la obra de la creación. El trabajo es un elemento fundamental para la dignidad de una persona. (171)
80. Como sabéis, son varios los motivos por los que elegí mi nombre pensando en Francisco de Asís, una personalidad que es bien conocida más allá de los confines de Italia y de Europa, y también entre quienes no profesan la fe católica. Uno de los primeros es el amor que Francisco tenía por los pobres. ¡Cuántos pobres hay todavía en el mundo! Y ¡cuánto sufrimiento afrontan estas personas! Según el ejemplo de Francisco de Asís, la Iglesia ha tratado siempre de cuidar, proteger en todos los rincones de la Tierra a los que sufren por la indigencia, y creo que en muchos de vuestros países podéis constatar la generosa obra de aquellos cristianos que se esfuerzan por ayudar a los enfermos, a los huérfanos, a quienes no tienen hogar y a todos los marginados, y que, de este modo, trabajan para construir una sociedad más humana y más justa. (172)
81. Y luego quisiera dirigirme en especial a vosotros muchachos y muchachas, a vosotros jóvenes: comprometeos en vuestro deber cotidiano, en el estudio, en el trabajo, en las relaciones de amistad, en la ayuda hacia los demás. Vuestro futuro depende también del modo en el que sepáis vivir estos preciosos años de la vida. No tengáis miedo al compromiso, al sacrificio, y no miréis con miedo el futuro; mantened viva la esperanza: siempre hay una luz en el horizonte. (174)
82. ¡Llevad siempre la fuerza del Evangelio! ¡No tengáis miedo! Tened siempre la alegría y la pasión por la comunión en la Iglesia. Que el Señor resucitado esté siempre con vosotros y la Virgen os proteja. (176)

83. El reto de ser ciudadano, además de ser un hecho antropológico, está enmarcado en el horizonte de la arena política. Esto, de hecho, es una cuestión de la llamada y la energía del bien, que se extiende a la amistad sociable. Y no se trata de una “idea abstracta del bien”, de una reflexión teórica basada en un concepto vago de la ética, y el “eticismo”, sino en una idea que se desarrolla en la energía de la bondad, en la naturaleza misma de la persona, en su disposición. (179)
84. La vejez es –me gusta decirlo así- la sede de la sabiduría de la vida. Los viejos tienen la sabiduría de haber caminado en la vida, como el anciano Simeón, la anciana Ana en el Templo. Y justamente esta sabiduría les ha hecho reconocer a Jesús. Ofrezcamos esta sabiduría a los jóvenes: como el vino bueno, que mejora con los años, ofrezcamos esta sabiduría de la vida... Me viene a la mente aquello que decía un poeta alemán sobre la vejez: “Es ist ruhig, das Alter, und fromm”; es el tiempo de la tranquilidad y de la plegaria. Y también de brindar esta sabiduría a los jóvenes. (180 - 181)
85. – (99) Todos estamos llamados a ser amigos de Jesús. No tengas miedo de amar al Señor. (182)
86. Tratemos de estar abiertos a la palabra de Dios, y a las sorpresas del Señor cuando nos habla. (182)
87. Cuando uno es llamado por el juez o tiene un proceso, lo primero que hace es buscar a un abogado para que le defienda. Nosotros tenemos uno, que nos defiende siempre, nos defiende de las asechanzas del diablo, nos defiende de nosotros mismos, de nuestros pecados. Queridísimos hermanos y hermanas, contamos con este abogado: no tengamos miedo de ir a Él a pedir perdón, bendición, misericordia. Él nos perdona siempre, es nuestro abogado: nos defiende siempre. No olvidéis esto. (184)
88. Debemos recuperar todos el sentido del don, de la gratuidad, de la solidaridad. Un capitalismo salvaje ha enseñado la lógica del beneficio a cualquier precio; de dar para obtener; de la explotación sin contemplar a las personas... y los resultados los vemos en la crisis que estamos viviendo. Esta Casa es un lugar que educa en la caridad, una “escuela” de caridad que enseña a ir al encuentro de cada persona, no por beneficio, sino por amor. (187)

89. Queridísimos hermanos y hermanas, ser Iglesia, ser pueblo de Dios, según el gran designio de amor del Padre, quiere decir ser el fermento de Dios en esta humanidad nuestra, quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios a este mundo nuestro, que a menudo está desorientado, necesitado de tener respuestas que alienten, que donen esperanza y nuevo vigor en el camino. Que la Iglesia sea espacio de la misericordia y de la esperanza de Dios, donde cada uno se sienta acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio. Y para hacer sentir al otro acogido, amado, perdonado y alentado, la Iglesia debe tener las puertas abiertas para que todos puedan entrar. Y nosotros debemos salir por esas puertas y anunciar el Evangelio. (188)
90. Ver el conflicto y mirar hacia el otro lado, olvidarse de él. Quien evita el conflicto no puede ser un ciudadano porque no lo asume. Es un habitante que se lava las manos frente a los conflictos de cada día. (190)
91. El trabajo es el rostro de la dignidad y el pilar que soporta la identidad personal y social. La dimensión subjetiva del trabajo es un eje fundamental para reconocer y valorar la contribución de la gente al proceso de producción y la construcción de una narrativa. (193)
92. El hombre de todos los tiempos y de todos los lugares desea una vida plena y bella, justa y buena, una vida que no esté amenazada por la muerte, sino que madure y crezca hasta su plenitud... el hombre es como un peregrino que, atravesando los desiertos de la vida, tiene sed de un agua viva fluyente y fresca, capaz de saciar en profundidad su deseo profundo de luz, amor, belleza y paz. Todos sentimos este deseo. (195)
93. Jesús vivió las realidades cotidianas de la gente más sencilla: se conmovió ante la multitud que parecía un rebaño sin pastor; lloró ante el sufrimiento de Marta y María por la muerte del hermano Lázaro; llamó a un publicano como discípulo suyo; sufrió también la traición de un amigo. En Él Dios nos dio la certeza de que está con nosotros, en medio de nosotros. “Las zorras –dijo Él, Jesús-, las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza” (MT 8,20). Jesús no tiene casa porque su casa es la gente, somos nosotros, su misión es abrir a todos las puertas de Dios, ser la presencia de amor de Dios. (196)

94. Los ciudadanos constituyen una categoría lógica. El pueblo constituye una categoría histórica y mítica. Vivimos en sociedad, y esto todos lo entendemos y expresamos mediante la lógica. El pueblo no puede explicarse únicamente de manera lógica. Contiene un significado adicional que se nos escapa si no recurrimos a otros modos de comprensión y otras formas de lógica y hermenéutica. El desafío de ser ciudadanos implica vivir y manifestarse en dos formas de pertenecer: la pertenencia a una sociedad y la pertenencia a un pueblo. Uno vive en sociedad y depende de un pueblo... (198)
95. Jóvenes, queridos jóvenes, os he visto en la procesión cuando entrabais; os imagino haciendo fiesta en torno a Jesús, agitando ramos de olivo; os imagino mientras aclamáis su nombre y expresáis la alegría de estar con él. Vosotros tenéis una parte importante en la celebración de la fe... no traéis la alegría de la fe y nos decís que tenemos que vivir la fe con un corazón joven, siempre: un corazón joven incluso a los setenta, ochenta años. Corazón joven. Con Cristo el corazón nunca envejece. Pero todos sabemos, y vosotros lo sabéis, que el Rey a quien seguimos y nos acompaña es un Rey muy especial: es un Rey que ama hasta la cruz y que nos enseña a servir, a amar. (200 - 2001)
96. La historia se crea por generaciones sucesivas de un pueblo en una trayectoria. Por esta razón, cada esfuerzo individual –por valioso que sea-, cada fase de un nuevo gobierno –por importante que pueda ser-, así como los eventos y los procesos históricos que en el curso del tiempo forjan la historia de un pueblo – el portador de vida y cultura-, no son más que partes de “un todo complejo y diverso que interactúa a través del tiempo”; la gente lucha por un destino, para vivir con dignidad. (202)
97. La gran diplomacia que le ha dado tantos frutos a la Iglesia se alimenta con la caridad, con la penitencia. Uno de los rasgos de esta comunidad que hoy se reúne para celebrar es su cercanía con las periferias de la existencia, con los más pobres, con los más marginados, con los más dejados. Quizás por esa misma cercanía, como lo hizo Jesús, es que toma la fuerza para doblegarse y llevar adelante el trabajo artesanal de pacificación, acercamiento e instauración del amor. (2004)